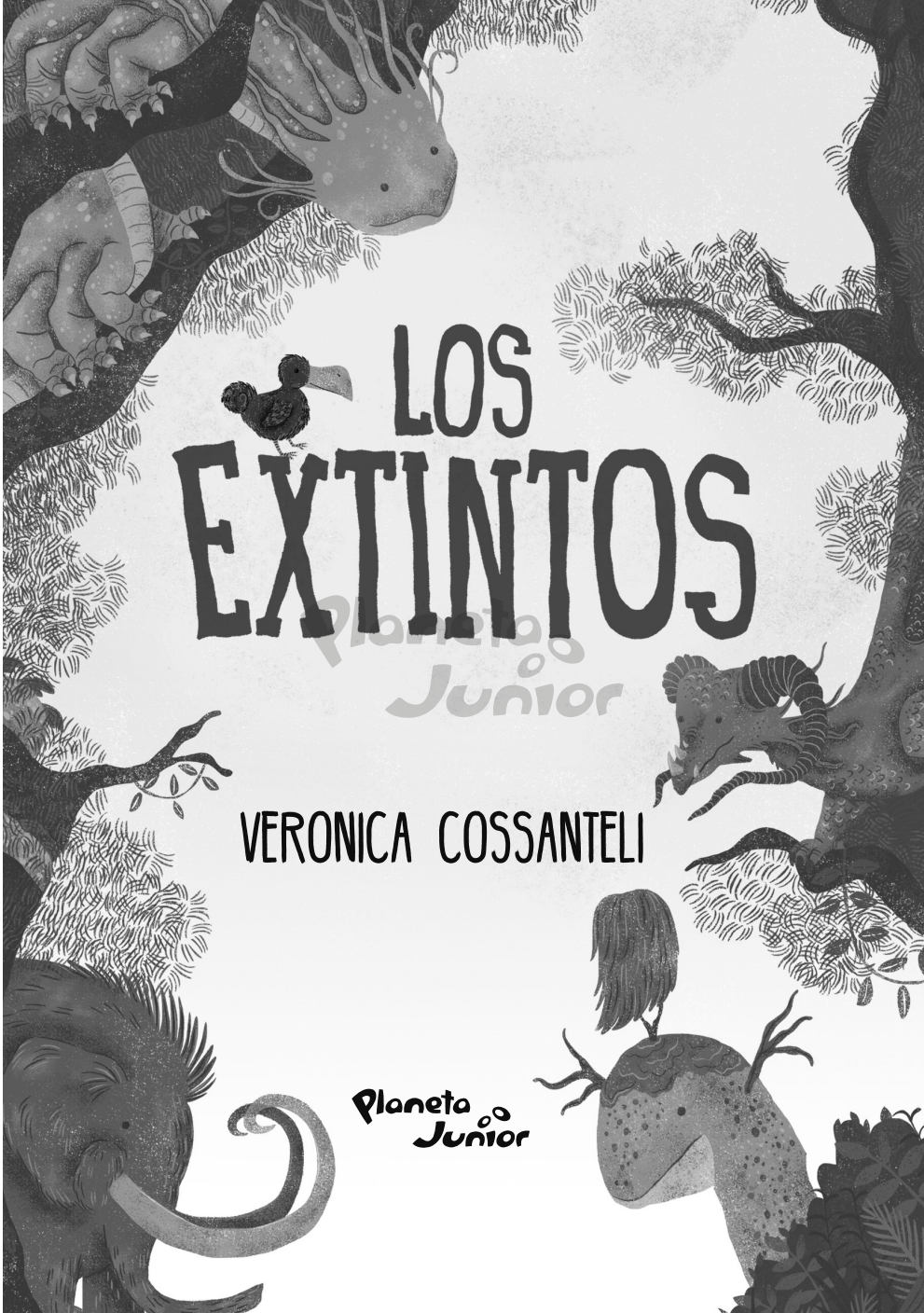


LOS EXTINTOS

Planeta
Junior



Planeta
Junior

The background of the cover is a detailed black and white illustration of a prehistoric world. In the top left, a large, scaly dinosaur head with a long snout and small eyes is shown. Below it, a small, dark, fluffy bird with a large beak stands on a branch. In the top right, a large, gnarled tree trunk is visible. In the middle right, a triceratops with large, curved horns is depicted. In the bottom left, the head and large, curved tusk of a mammoth are shown. In the bottom right, a long-necked dinosaur with a small crest on its head is visible. The title 'LOS EXTINTOS' is written in large, bold, black capital letters in the center. Below the title, the author's name 'VERONICA COSSANTELI' is written in a smaller, black, sans-serif font. The publisher's logo 'Planeta Junior' is also present, appearing twice: once in a light gray, semi-transparent font behind the title, and once in a black, stylized font at the bottom center.

LOS EXTINTOS

VERONICA COSSANTELI

Planeta
Junior

Ilustraciones de portada e interiores: © 2018, Rachel Saunders
Diseño de interiores: Gabriel Henao
Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Título original: *The Extincts*

Edición original en inglés publicada por primera vez en 2018 por
The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset, BA11 1D5

© 2013, Veronica Cossanteli

Todos los nombres de los personajes y lugares utilizados en este libro pertenecen a © 2013, VERONICA COSSANTELI y no pueden usarse sin autorización.
La autora e ilustradora afirman ostentar los derechos morales.
Traducido por Sylvia Elena Rodríguez Valenzuela
Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

© Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá (Colombia)
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-7921-7
ISBN 10: 958-42-7921-1

Primera edición (Colombia): septiembre de 2019
Impresión: xxxxxxxxxxxx
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*En memoria de mi padre,
rey del Bosque de Jade,
él me enseñó la importancia de los dragones.*

*A mi madre,
que me enseñó tantas otras cosas.*

*Y a Xander,
que me enseñó cómo no escribir.*



*Muchas gracias a la gente de Chicken
House por no ponerse muy quisquillosos,
especialmente a Rachel L., la más amable y
tranquila de las mujeres Axe, siempre paciente
al enfrentarse a mis terribles chistes.*

Planeta
Junior



CAPÍTULO UNO

Todas las cosas raras empezaron con £3.72.

Yo no sabía que eran £3.72 hasta que recogí el montón de monedas del pavimento mojado y las conté.

George Drake, ¡es tu día de suerte! Tres chuzas en el boliche con Josh y Matt, y ahora ¡DINERO GRATIS! Dejé que las monedas se deslizaran por mi mano hacia mi bolsillo y volví a subirme a la bici.

¿Qué se hace con £3.72? Fácil. Si eres como yo, vas a la dulcería.

Estuve en la tienda un minuto. Cuando salí, mi bicicleta ya no estaba. Tenía una bolsa llena de gusanos de gomita, regalices y dulces de banano, pero no tenía bici. Estaba lloviendo y mi casa estaba lejos.

Una disculpa, George Drake, era una broma. No es tu día de suerte.

Genial. Genial. Mordí la cabeza de un gusano de gomita y comencé a caminar.

Para cuando llegué a casa, ya me dolía un poco el estómago. Creo que en realidad no me gustan los dulces de banano. Mamá estaba de cabeza en el jardín. Las demás personas no practican yoga bajo la lluvia, solo mi mamá.

—Llegó el recibo de la luz —dijo, con la boca entre las rodillas—, aún más caro que el pasado. Por las nubes. En serio, George, ¡altísimo!

Mamá practica yoga solo cuando está preocupada por algo. Las cuentas. La lavadora que no sirve. La reunión de padres de familia. Mi papá que nos dejó. Se desdobló equilibrándose en una pierna como un flamenco. Bueno, excepto que los flamencos no se tambalean. En ese momento fue cuando se dio cuenta.

—¿Dónde está tu bici?

Me arrepentí inmediatamente de contarle. Una buena madre habría estado de acuerdo con que todos los ladrones de bicicletas deberían ser devorados por

cucarachas asesinas, o quizá zambullidos en barriles de mostaza hirviendo o incluso lanzados al espacio en cañones gigantes. Pero no, que robaran mi bicicleta claramente había sido *mi* culpa.

—¿Dejaste tu bicicleta sin candado? George, qué tonto. ¿En qué estabas pensando?

Después tuve que escuchar su discurso sobre tener más cuidado y bla, bla, bla. Estuvo hablando una eternidad, hasta que perdió el equilibrio y cayó sobre un arbusto de rosas.

La saqué de ahí, estaba toda espinada y sangrando.

—¿Qué decías sobre tener más cuidado?

—Ah... sí. Pues... —se chupó la sangre de los dedos—. Ya no hablemos de eso. Son cosas que pasan.

Media hora después, me distraía jugando *All Star Zombie Smackdown*. Estaba a punto de arrancarle los ojos a un zombi que se parecía mucho a mi maestra, la señorita Thripps, cuando escuché que mamá me hablaba.

—¿George? ¡George!

—Un segundo, espera...

Demasiado tarde. La señorita Thripps ya me había arrancado un brazo. Le lancé un insulto, el más grosero que se me ocurrió, y le puse pausa al juego.

Mamá estaba en el patio de atrás.

—¡Mira! —dijo con orgullo—. La encontré al fondo del cobertizo. Una bicicleta en perfectas condiciones. —Le quitó una telaraña del manubrio—. No tiene ni un rasguño.

Pero era rosada.

Típico de mamá. Es famosa por olvidar cosas, pero al menos esto tendría que recordarlo...

—Mamá, soy hombre.

—¡Ay, ya! Esas son patrañas —Mamá levantó las manos—. Los verdaderos hombres no le temen al color rosa.

¿Qué sabía mamá de los *verdaderos hombres*? Después de todo, se había casado con papá.

Hasta hacía como un año, papá vivía con nosotros. Se vestía de traje y corbata, y todos los días iba a la oficina. Ahora vive en una playa de Australia y usa shorts con flores y sandalias. Mandó un mail. Decía que el clima de Australia era muy lindo y que estaba aprendiendo a surfear. Mamá le contestó. Le dijo que

el clima en Inglaterra era terrible y que esperaba que se lo comiera un tiburón. Mis padres son muy maduros para su edad. «Sí, claro», pensé.

Miré la bicicleta. No tenía velocidades. Ni suspensión. Ni nada. Excepto por una campana de princesas y una canasta de mimbre. Intenté imaginarme usándola por el pueblo un sábado cualquiera. Podía ver las caras de Josh y Matt...

—¡No! No, mamá. ¡No puedo!

Se veía herida y eso me hizo sentir mal. ¿Por qué los adultos nunca se dan cuenta de nada? ¡Incluso de cosas muy obvias! ¿Hay una parte del cerebro que deja de funcionar al cumplir veintiún años o algo así? ¡Qué horror! Significa que solo me quedan diez años de normalidad...

—Si quieres una bici nueva, tendrás que ahorrar. —Ya estaba de mal humor—. De por sí, no sé cómo voy a pagar la electricidad.

Mamá tiene una tienda. Se llama La Cueva de la Sirena, y ahí quema incienso y pone música de ballenas. Nunca tiene clientes. Yo creo que es porque la gente ya tiene todas las velas aromáticas, cortinas de cuentas y campanas de viento que necesita.

—Puedes ponerte a trabajar —sugirió, un poco más tranquila—. Puedes lavar el auto. Te doy cincuenta centavos.

—Mamá, no tenemos auto.

Lo vendimos cuando papá se fue. Necesitábamos el dinero.

—Lo olvidé. —Mamá acarició el asiento de la bici. Esperaba que no llorara—. ¿Estás seguro de que no la quieres? Harry y Frank la usaron.

—Sí —asentí—, pero Harry y Frank son mujeres.

Mis hermanas son mayores que yo, pero no tanto como para tener el cerebro podrido de un adulto... aún. Pueden ser muy molestas, pero al menos ellas sí notaron por qué yo no podía usar una bicicleta rosadita de princesas.

—Reparte periódicos —sugirió Harry, mientras se pintaba toda de plateado para ir a una fiesta de aliens y robots. Está en la universidad y va a unas fiestas muy raras—. Yo repartí periódicos a tu edad. Necesitaba dinero. Mamá no entendía para qué quería una plancha de cabello.

Harry tiene mucho cabello. Cuando no está pintada de plateado, se parece a Rapunzel o a una de esas princesas de caricatura. Excepto por el tatuaje de Súper Mario que tiene en el trasero y la perforación en la lengua (dos cosas que las princesas, por lo general, no tienen).

—Si prometes no hacer algo torpe —dijo Frank—, podrías trabajar para mí.

Frank no parece princesa. Luce más bien como un búho. Tiene un negocio de pasear perros y está ahorrando para ir a la Antártida a cuidar pingüinos.

—Tengo mucho que estudiar y aparte debo terminar mi proyecto de Ciencias —continuó—. Me vendría bien tu ayuda. Aunque, claro, sería bajo ciertos términos y condiciones.

Los términos y condiciones, que después imprimió y me hizo firmar, significaban que:

- a) Tendría que darle la mitad de mis ganancias.
- b) Tendría que ir a la tienda por chocolates o papas cuando ella quisiera.
- c) Tendría que limpiar la jaula de su gerbo una vez a la semana.

El gerbo antes se llamaba Gerald. Después lo conocimos bien. Ahora se llama Drácula. Tiene dientes muy, muy filosos y no le gusta que lo limpien. Pero yo necesitaba el dinero.

El letrero arriba de la puerta de la dulcería decía: «EL IMPERIO DE LA ESQUINA DE FILLING Y DENTCHER: LO QUE QUIERAS, LO TENEMOS». Tenían frascos gigantes con todo tipo de dulces que se pesaban en pequeñas bolsas de papel. Todo el mundo le decía simplemente *la dulcería*. Me encontraba ahí en una misión por papi-tas para Frank cuando noté un anuncio en la ventana. Estaba escrito con una letra verde temblorosa, entre un anuncio de una tostadora usada («Casi sirve, muy barata») y una foto borrosa de un gato gordo naranja con patas blancas («¿Has visto a Peluso? Recompensa de £100»):

Se busca ayudante

Interés en la fauna silvestre indispensable

Debe ser la persona indicada

Escriba a la señora Lind, granja Wormestall

No escamofóbicos

Me quedé viéndolo mucho tiempo, hasta que memoricé las palabras.

Tenía que esperar para pagar las papitas. Daisy la loca estaba comprando boletos de lotería. Tenía unos ojos como canicas y cabello de fideo debajo de un gorro tejido con orejitas que siempre usa (incluso en verano). Vive en una banca del parque con su perrito, Condena, y siempre está gritando que es el fin del mundo. A veces la gente le da unas monedas y ella las gasta todas jugando a la lotería. No sé por qué. ¿De qué sirve ganar un millón de libras si el mundo está por acabarse?

Daisy estaba comprando tres boletos de lotería y un sándwich de huevo, y contaba los centavos uno por uno para pagar. Iba a ser una espera larga. Yo no tenía nada más que hacer, así que leí la primera plana del *Eco de Squermington*.

No pasa mucho en Squermington: «Cierran baños públicos por remodelación». ¿A quién le importa? «Competencia de jardines». Aburrido. «¡Mascotas desaparecidas! Se sospecha de banda de secuestradores. La policía recomienda estar alerta». Pueden venir a secuestrar a Drácula (esa desagradable y mordelona bola

de pelos) cuando quieran, mientras más pronto, mejor. «Avistan reptil gigante. ¿Es el regreso del demonio de Squermington? Continúa en la página 3».

Eso sí sonaba interesante, así que fui a la página 3.

La señorita Holly Sparrow y su amiga, la señorita Ruby Jenkins, aseguran haber visto la parte trasera de una criatura parecida a una serpiente afuera de la Biblioteca Squermington cuando iban en camino al cine el viernes por la noche.

“Solo le vimos la cola”, dijo Holly. “Era enorme. Increíble. Ruby casi se hace del miedo. Después la vimos arrastrarse y esconderse detrás de una tienda de *fish and chips*. Así que corrimos”.

No se ha reportado la desaparición de ningún animal en zoológicos, tiendas de mascotas ni reservas naturales.

¿Este misterioso animal podrá tener algo que ver con la leyenda del demonio de Squermington, el feroz monstruo carnívoro que tenía a la gente viviendo en constante terror hace más de mil años?

—¿Vas a comprar ese periódico o qué?

Detrás del mostrador, la señora Filling me estaba viendo. Dejé el periódico en su lugar y pagué las papas de Frank. De regreso en la calle, miré por última vez el anuncio de «Se busca ayudante» y fruncí el ceño. Estaba seguro de que estaba escrito con tinta verde. Una ilusión óptica, quizá. Eso o me estaba volviendo loco, porque ahora, esa letra temblorosa como de patas de araña se veía morada.

—Habrà fuego y azufre, hordas de ranas... y estaremos condenados —dijo una voz ronca detrás de mí. Pude percibir un olor penetrante a huevo cocido. Daisy le daba pedazos de su sándwich a Condena—. Ya lo verán. Este es el fin.

Pero Daisy se equivocaba. Porque apenas era el principio.

—¿Qué es un escamofóbico? —pregunté durante la cena. Era noche de brócoli y fríjoles horneados del día anterior... otra vez. Cuando papá se fue, mamá se convirtió en herbívora. Ahora asesina verduras inofensivas y nos obliga a comerlas.

Nadie supo qué era un escamofóbico.

—¿Y dónde está la granja Wormestall?

—En medio de la nada —contestó mamá—. Del otro lado del bosque de Wyvern Chase. ¿Por qué?

Les hablé del anuncio en la ventana de la dulcería.
Se busca ayudante. Debe ser la persona indicada.

—No irás hasta allá tú solo —dijo mamá—. Tendrías que atravesar el bosque. Que te acompañe una de tus hermanas.

—Fiesta —dijo Harry con la boca llena—. Es elegante. Iré vestida de tarántula. Tengo muchas patas que hacer, así que no puedo distraerme.

—Yo tengo tarea —dijo Frank—. Aparte, tienes que trabajar para mí este fin de semana, ¿recuerdas? —me apuntó con su tenedor—. Mr. Chispa necesita que lo paseen y yo tengo que entregar un ensayo de Historia el lunes.

—¿Mr. Chispa? —hice una cara. Mr. Chispa es el pug de la señora Poker-Peagrim, quien vive en la misma calle que nosotros. Tiene cabellos de alambre y la cara cuadrada, y siempre huele a jarabe para la tos. Mr. Chispa está tan gordo que su pelaje no le alcanza a

cubrir la barriga. Además, siempre está roncando, incluso cuando está despierto. Tiene los ojos saltones, como los de una rana aplastada. Si tuviera que escoger un perro para quedármelo, jamás elegiría a Mr. Chispa.

Una vez casi tengo un perro. Antes de que las cosas se pusieran mal y papá se fuera, me dijo que en mi cumpleaños número once podría tener una mascota. Frank tenía a Drácula, un caracol africano de tierra y varios insectos en un frasco. Harry solía tener periquitos, hasta que prefirió tener novios.

—Lo que tú quieras —dijo papá—. ¿Qué quieres?

Contesté que quería una orca.

Quería una desde el verano que salimos de vacaciones y papá nos llevó al delfinario. Mamá y mis hermanas estaban muy emocionadas de ver delfines. A mí me gustó más la orca.

Pero no puedes tener una orca en un hogar roto. Mamá y papá peleaban por muchas cosas, aunque no por eso.

—¿Por qué no un perrito? —sugirió papá.

Dije que sí al perrito (¿quién rechaza un perrito?), pero nunca llegó. Las peleas se hicieron más grandes

y un día, papá ya no estaba. Me dieron unos tacos de fútbol en mi cumpleaños y un lapicero para la escuela.

—¿No puedo mejor pasear a Tyson? —le rogué a Frank. Tyson es un rottweiler. Y los rottweilers son los perros más cercanos a las orcas.

—No seas torpe —dijo Frank—. Eres muy pequeño. Además, no entiendo para qué quieres ir a la granja esa. No creo que seas la *persona indicada* que están buscando. ¿Un mocoso como tú?

—No soy un mocoso. Tú eres la mocosa. Además —pregunté rápidamente, antes de que me contestara—, ¿qué es el demonio de Squermington?

—¿Qué? —Mamá se rio—. ¿Ese cuento viejo? Se supone que en la Edad Media era un dragón, o algo así, que vivía en el bosque de Wývern Chase. Se comía todas las vacas, ovejas y a las hijas de los granjeros, hasta que todos se hartaron y se reunieron con picos, hachas y antorchas para cazarlo.

—¿Y qué pasó? ¿Lo mataron?

—No tengo idea. Seguramente apareció un caballero valiente en un corcel blanco que los salvó. Eso es lo que suele pasar, ¿no? Como san Jorge.

—Sí —dijo Frank—. Aunque apuesto a que san Jorge no era un mocoso.

—Te puedo asegurar algo —dijo mamá mirando fijamente mi plato—. Seguro él sí se comía el brócoli.

